

Elogio de la

JOAQUÍN ARNAU AMO

Confieso que la cochambre, a veces, me enamora. Y puedo dar razón de lo que digo. Porque la cochambre puede ser, y de hecho es, hermosa. Reconozco que es, las más de las veces, inconfortable. No se puede habitar, con un mínimo de decencia, en lo cochambroso. De paseo sin embargo y a cierta distancia, lo cochambroso tiene encanto.

Para empezar, es fotogénico. Y lo es por su cierto grado de abstracción. Sirve a la fotografía, cocina de suyo abstracta, una abstracción precocinada. Porque la fotografía, en contra de opiniones ingenuas, es un

reino abstracto. Es el reino de lo instantáneo. Y el instante es invisible. Porque la visión necesita de algo más que un instante. La cámara impresiona y el revelado revela lo que usted y yo no vemos: lo que se nos escapa. Y tienen razón las damas cuando se desconocen en una foto que les desfavorece: esa no soy yo.

Por eso, es para sonreír que un pintor defienda su hacer abstracto argumentando que, para lo concreto, se inventó la fotografía. ¿La fotografía concreta? ¿La fotografía realista? ¿La fotografía veraz? Pocos productos son tan artificiosos y nada naturales, engañosos a menudo, como los

que produce el arte fotográfico: arte de la luz, como su nombre indica, y de sus juegos. Juegos que nos serían inaprehensibles si no fuese por ella. La cámara recrea, insisto, lo nunca visto. Los fantasmas de la realidad. Si hay un arte fantasmagórico e irreal, es el arte fotográfico.

Y es irreal porque, de la realidad, abstrae un solo paquete de datos: los datos de la luz. Que son infinitos. Pero infinitamente pocos si se los compara con los datos de la realidad. Luces y sombras: es mucho. Pero hay mucho más. No importa: como arte que es, la fotografía abstrae de la realidad sus luces y sus sombras. Y lo hace además en un tiempo sin tiempo. En un abrir y

cerrar de ojos, decíamos. Luz abstracta en tiempo abstracto. Poco que ver con la realidad, que quiere tiempo para todo. Y con la percepción, que es despaciosa: y toca todas las teclas.

La enseñanza que, en su día, nos procuró la moda del arte abstracto, y su contemporánea fotografía, fue ésta: la de que todo arte es abstracto. Y así, fotografía y pintura de ningún modo se reparten la faena: tú figura que yo abstraigo. No. Sino que ambas artes, ni rivales ni complementarias, hacen lo mismo: abstraen la realidad, con medios propios y distintos.

Una realidad que, si de arquitectura se trata, el tiempo deteriora y arruina. Y lo que fueron muros y ventanas, puertas y aleros, enfoscados y barnices, se convierte en cochambre. La decrepitud desconcha las paredes, desescuadra los huecos, decolora los tintes y saca a la luz interioridades de las fábricas con desvergüenza imprevista. Saca, pues, unos colores y apaga otros. Y maltrata todo de tal manera que los contrastes desmerecen y los materiales se reconcilian en una suerte de materia universal (materia viene de mater).

¿Qué queda, pues, del edificio que hubo? Queda un cuadro abstracto. Queda una composición de tramas diversas y colores entonados. Y una geometría vacilante, nada agresiva, que evoca antiguas razones y proporciones. Y todo ello, visto a través de la lente adecuada, a la hora justa y con un encuadre feliz, puede ser una bella fotografía. Un regalo de la luz.

De luz y de colores: porque los colores son facetas de la luz: sus vetas. Cada luz tiene su tono. Y cada tono tiene su luz. Y como ella, ellos cambian sin cesar. El objetivo fotográfico atrapa los que puede y como puede: calderilla del inmenso tesoro que es el espectáculo del mundo cuando la luz lo visita.

Decía que la cochambre es bella, pero inhóspita. Como bella, es fotogénica: materia ideal para un cuadro abstracto. Pero la arquitectura no puede, no debe, ser inhóspita. De ahí que con toda razón hundimos, como se dice por acá, la cochambre y edificamos en su lugar habitaciones, confortables desde luego, pero ¡ay! raras veces bellas.

En una ciudad próspera, pues, como la nuestra, la cochambre no ha lugar: como no sea en el recuerdo, fotografiado o no. La fotografía convierte la arquitectura pretérita en moderno cuadro abstracto. Y nos sirve, si la vemos con ojos de arquitecto, para repasar lecciones de composición y reglas de buen gusto. Al objeto de ese gusto nuestros bisabuelos lo llamaban pintoresco: que no es tanto un objeto como un modo de ver. Es un modo de ver las cosas (y en nuestro caso las casas) como si fueran cuadros. De ver la realidad como arte.

Por eso, precisamente por eso, el poeta J.W. Goethe pudo decir que la naturaleza imita al arte. La imita a través de nuestros ojos y en nuestro coco. A las pruebas me remito.



Calle Cid